

palpa observando lo certero de los juicios acerca de lo pasado, y los pronósticos, en parte cumplidos, acerca del porvenir. Estas son, en verdad, las prominentes prendas del "Panegírico de Nuestro Señor Jesucristo," pronunciado por Monseñor *Munguia*, en la Iglesia parroquial de Páztuaro, en 1842.

En una série de obras cortas destinadas á la defensa de la Religion Católica, Apostólica, Romana, compuestas, traducidas ó reimpresas por mexicanos, toca el primer lugar al elocuente y luminoso panegírico del Dios-Hombre que la fundó, hecho por el alto ingenio del mas sabio de los apologistas mexicanos. A Monseñor *Munguia*, el terrible y triunfador adversario de la Reforma, toca el primado de honor y de enseñanza en una coleccion de escritos religiosos y nacionales. Es verdad que nuestros escritos serán muy inferiores á este raro conjunto de fé, de filosofía, de elocuencia y de profundidad; pero será nuestra antorcha y nuestro modelo.

No es un escrito inédito, ni contemporáneo. Corre en las voluminosas obras del grande escritor: pero muy pocos poseen estas joyas literarias. Los incrédulos y jóvenes en boga no le han leído, y necesitan iluminarse con él. Aunque pronunciado hace mas de treinta años, su poder alcanza todavía para impugnar al racionalismo y á la incredulidad de nuestros dias. Los lectores agradecerán que les hagamos este obsequio. Dígnense aceptarlo de buena voluntad. Vedle aquí.

SERMON DE EXEQUIAS

SOBRE

Las Grandezas de Nuestro Señor Jesucristo,

PREDICADO

En la Parroquia de Páztuaro, el Viernes Santo,
25 de Marzo de 1842,

á las nueve de la noche.

Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre, plenum gratia et veritatis.

Hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad.

S. Juan, cap. 1º v. 14.

PARA desempeñar dignamente, señores, en esta vez el ministerio de la palabra santa, seria necesario estar poseido de aquella celestial inspiracion que admira el Universo en la narracion del mas profundo, misterioso y sublime de los evangelistas.

El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este dia, despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un

orden tan elevado, que ha menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios comunicar á los que están encargados de anunciar sus prodigios y publicar su gloria. ¿Pero cuál es este acontecimiento, católicos, y qué motivo nos reúne á todos al presente en la casa del Señor? ¡Ah! esta luz melancólica cuyos débiles rayos apénas interrumpen las tinieblas en que está envuelta la naturaleza, esos monótonos y pausados conciertos que no ha mucho acabamos de escuchar, en los cuales prorumpia el Profeta inconsolable á la vista de Jerusalem desolada; este silencio angusto que parece encadenar hasta el aliento en el recinto del Santuario; ese monumento enlutado, esa urna venerable, custodiada por llorosos genios que cambian hoy la vestidura de luz por el luto de la tierra, todo nos anuncia la muerte del Hombre-Dios, todo manifiesta que celebramos el aniversario del Rey por esencia, las honras fúnebres de Jesucristo.

A la vista de tan grandes objetos, el corazón se siente oprimido, se apodera del alma una santa desolación, los suspiros interrumpen de tiempo en tiempo este silencio religioso, y los ojos se inundan á cada paso en un torrente de lágrimas.

Pero, ¿qué! ¿lágrimas y dolor exige de nosotros la vida y muerte del Redentor del mundo? ¡Ah! ¿Qué sería del hombre sin esa tumba? ¿Dónde estarían sin ella su consuelo, su esperanza y su felicidad? Si yo viniese aquí á ofrecer los últimos honores á un monarca de la tierra, pintaría su magnificencia y exaltaría sus glorias, á fin de que, viéndolas vosotros abandonarle para siempre en el sepulcro, comprendiérais á la luz del Evange-

lio, cuán triste es la inmortalidad que otorga el mundo á sus grandes. Mas no se trata, señores, de arrebatarse la admiración con la pintura de esa triste celebridad; no vengo aquí á sacar de la vanidad humana lecciones terribles y útiles desengaños: se trata de contemplar la única y sólida grandeza; vengo directamente á exponer á la veneración pública la verdadera gloria, la gloria por excelencia, la gloria del Mesías, y para hablar con el evangelista, la gloria que el Eterno Padre habia de comunicar á su hijo Unigénito: *gloriam quasi unigeniti á Patre.*

¿Cómo pintarla? Nuestros discursos tienen siempre un término; las grandezas de Jesucristo no la tienen. Mas ¿qué! ¿no contamos por ventura con otros medios de celebrarlas que nuestros limitados pensamientos? Nuestro ministerio no está reducido á los mezquinos discursos de la razón: el orador cristiano cuenta siempre con esa profunda sabiduría que para la enseñanza y edificación de su Iglesia, le ha dejado el Señor en el depósito de los Libros santos; y yo mismo, á pesar de toda mi pequeñez é indignidad, no necesito más que abrir esas páginas venerables, para mostrar en ellas á mi auditorio la fuente inagotable de tanta grandeza y de tanta gloria.

Una y otra, Señores, resplandecen altamente en aquella plenitud infinita que lo comprende todo: sabiduría, bondad, misericordia, poder; en aquella plenitud entera de gracia y de verdad que admira el evangelista San Juan en la persona del Mesías: *plenum gratiae, et veritatis.* Estas dos palabras encierran maravillosamente los grandes atributos de Jesucristo. Plenitud de verdad que

anuncia la sabiduría del Verbo; plenitud de gracia que anuncia las perfecciones infinitas y los méritos del Hombre-Dios; plenitud de que todos hemos participado sin que padezca detrimento alguno en su fuente. Aquí reconoce nuestra razón que las glorias de Jesucristo no están reducidas á una porción del espacio, ni sujetas al cómputo mezquino del tiempo; que aun humanamente hablando, su historia es la historia del mundo; que su nombre ha sido, es y será universal y perpetuamente venerado, y que hablar de las grandezas de Jesucristo, es abismarse en la inmensidad y eternidad de Dios.

Mas no siendo posible referirlo todo, y habiendo de sujetarme, en una materia tan vasta, dentro de los estrechos límites de un discurso, permitidme que os hable de tres cosas que inician en cierto modo á la razón humana en los altos misterios de esta plenitud infinita. La predicación de Jesucristo, la historia de su vida, el establecimiento y la conservación de su Iglesia: hé aquí, católicos, la sabiduría por excelencia, la santidad eterna, el poder sumo del Redentor del mundo, los dones inefables con que el Verbo hecho carne se ha dignado enriquecer á la pobre humanidad, la luz que ha civilizado al mundo, el poder que ha extendido entre los hombres el imperio de la virtud, y la misericordia que ha celebrado la feliz alianza del cielo con la tierra. Admiraremos, pues, en esta noche, consagrada justamente á los mas santos y gloriosos recuerdos, admiraremos, digo, cuanto cabe en la condición humana, una verdad que disipó las tinieblas del Universo, una vida que hizo nacer la virtud y la sostiene con el

ejemplo mas sublime, un poder, en fin, que fundó un reino inmortal. Plenitud de verdad que destruye el imperio del error; he aquí la doctrina de Jesucristo: plenitud de gracia que confirma esta verdad con los ejemplos, á fin de plantar en la tierra la virtud; he aquí las acciones, los padecimientos, la muerte ignominiosa de Jesucristo: plenitud de gracia y de verdad eternamente unidas, de verdad que dirige, y de gracia que ejecuta y conserva: he aquí la Iglesia de Jesucristo. Mas yo no debo desplegar mis labios, hermanos míos, sin postrarme antes con vosotros delante de ese madero, escándalo para el judío, locura para el gentil, consuelo y apoyo, poder y sabiduría para nosotros que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo hemos renacido en el Espíritu Santo.

¡Oh Cruz! Yo te saludo con la Iglesia Santa. De tí penden hoy la esperanza y la inmortalidad: en tí se halla el manantial perenne de la sabiduría y de la misericordia: tú eres la fuerza y la unción de la palabra evangélica. Que descienda, pues, á mis labios una gota siquiera de ese licor dulcísimo y fecundo con que se dignó enriquecer al Hijo de Dios: porque esto me basta para celebrar dignamente su gloria á la vista de su sepulcro y en medio de su pueblo. ¡Oh Cruz ave: etc!